

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2972

REVISTA PEDAGÓGICA

FRANCIA

Los nombramientos de Maestros.—*Le Petit Journal*, de París, anuncia que en su último congreso la Federación nacional de los distintos grupos profesionales de institutores e institutrices expresó su voto de que los nombramientos de Maestros y Maestras fueran transferidos para en adelante de los prefectos a los Inspectores de Academia, que se inspirarían en un comité, compuesto del Director y Directora de la Escuela Normal, de los Inspectores primarios y de los representantes elegidos por los Maestros y Maestras para el Consejo departamental.

El voto ha sido sometido a la consideración del Ministro de Instrucción pública, y en el curso de una conferencia concedida al comité de la Federación, el jefe de gabinete del Ministro ha declarado que M. León Berard prepara actualmente un proyecto de ley que será presentado pronto a las Cámaras, y por el que se colocará a los Maestros y Maestras bajo la sola dirección de sus jefes jerárquicos.

Esto es de grande importancia para los Maestros franceses que venían siendo nombrados por los prefectos, o jefes políticos, con abusos mil veces denunciados en los periódicos profesionales.

REPUBLICA ARGENTINA

Los trabajos manuales y la disciplina escolar.—Se ha hecho una encuesta entre varios Directores y Maestros de las Escuelas de la provincia de Buenos Aires, sobre la influencia que ejercen los

trabajos manuales en la conducta de los escolares y en la regularidad de la asistencia a clase. El resultado de esa encuesta lo expone así el Inspector señor Juan Francisco Jauregui:

«La breve experiencia realizada en las Escuelas de la provincia ha confirmado la influencia benéfica de las actividades manuales sobre el carácter y la conducta de los niños, preconizada por todos los educadores que se han ocupado del asunto.

La buena conducta del escolar, o sea la llamada disciplina, no consiste en la pasividad silenciosa, tranquila y obediente de las clases, donde «no se siente el vuelo de una mosca», o más comúnmente, los gritos desaforados de los Maestros.

Será muy cómoda la disciplina impuesta forzosamente para atiborrar a los alumnos de los conocimientos verbales y uniformar los caracteres atrofiando la voluntad.

Pero el niño es un ser sociable. Sus instintos y actividades se manifiestan con suma intensidad. Pues bien; por medio del trabajo se le adiestra para la vida social; vida de deberes morales y cívicos, de cooperación y de solidaridad. Esto no puede conseguirse en la Escuela del saber, donde cada uno aprende para sí, con abstracción absoluta del resto de la clase.

En las clases de actividades manuales, cada grupo o grado forma una comunidad de trabajo de notable influencia educadora.

Si bien cada uno trabaja para sí, no se pierde de vista el interés común, puesto que la colaboración de todos contribuye

buye a la realización de la obra que se persigue, es decir, al éxito. Y así los alumnos, insensiblemente, van formando hábitos de cooperación, porque a cada cual interesa lo que hacen sus compañeros, y les interesa que lo hagan bien; y de fraternidad, porque la colaboración es mutua y relaciona íntimamente. Los valores colectivos están, pues, en actividad. Por eso alguien ha llamado a estas Escuelas centros de moralidad y civismo.

La asistencia escolar mejora en estas Escuelas, como una consecuencia inmediata de la mejor conducta, la cual, al fin y al cabo, una resultante de un medio adaptable a la naturaleza del niño con actividades desbordantes en el orden físico, intelectual y moral.»

SUIZA

Liga internacional para la Educación nueva.—Esta Liga internacional ha sido fundada por acuerdo del Congreso de Ginebra, celebrado el día 6 de agosto de 1899, y está unida a la Oficina internacional de Escuelas nuevas creada en Ginebra en 1899.

He aquí un extracto de sus Estatutos:

I. *Principios generales.*—1.º La finalidad esencial de toda educación ha de ser la de preparar al niño a realizar en su vida la supremacía del espíritu; por tanto, ha de perseguir, cualquiera que sea el punto de vista en que se coloque el educador, conservar y acrecentar en el educando la energía espiritual.

2.º Debe respetarse la individualidad del niño. Esta individualidad no puede desenvolverse más que por una disciplina y orientación que conduzca a la liberación de las potencias intelectuales propias del niño.

3.º Los estudios y, de una manera general, el aprendizaje de la vida, deben hacerse de acuerdo con los intereses innatos del niño, esto es, con aquellos que se despiertan espontáneamente y que encuentran su expresión en las diferentes actividades del orden material, intelectual, estético, social y otras.

4.º Cada edad tiene su carácter propio. Es preciso, pues, que las disciplinas personal y colectiva sean organizadas por los mismos niños con la colaboración de los Maestros, tendiendo a reforzar el sentimiento de las responsabilidades individuales y sociales.

5.º La competencia egoísta debe des-

aparecer de la educación y ser reemplazada por la cooperación que enseña al niño a colocar su esfuerzo individual al servicio de la colectividad.

6.º La coeducación reclamada por la Liga—coeducación que significa instrucción y educación en común—excluye el trato idéntico impuesto a los dos sexos, pero incluye la colaboración que permita a cada sexo ejercer libremente sobre el otro una influencia saludable.

7.º La educación nueva prepara en el niño, no solamente al futuro ciudadano, capaz de cumplir sus deberes con sus semejantes, con la nación y la humanidad en su conjunto, sino también el ser humano consciente de su dignidad de hombre.

II.—*Finalidades.*—1.ª De una manera general, la Liga trabaja por introducir en la Escuela su ideal y los métodos conformes a sus principios.

2.ª Intenta realizar una íntima colaboración, de una parte, entre los educadores de los diferentes grados de la enseñanza, y de otra, entre los padres y Maestros.

3.ª Se propone establecer, por medio de los Congresos que cada dos años organiza, y revistas pedagógicas que publica, un lazo de unión entre los educadores de todos los países que se adhieran a sus principios y que persigan finalidades idénticas a las suyas.

4.ª No se señala cuota alguna. El abono a la revista *Pour l'Ère Nouvelle* implica la adhesión a la Liga, aunque también puede hacerse a título de orientación general.

* *

Nota.—Las adhesiones pueden enviarse a M. Adolphe Ferrière, Florissant, 45, Genève (Suiza), o a D. Sidonio Pintado, Bailén, 28, Madrid.

RECITACIONES ESCOLARES

Trozos escogidos en verso y prosa de los mejores autores, clasificados por asuntos; Familia, Escuela, Patria, Humanidad, Arte, Naturaleza y Dios, por D. Ezequiel Solana.

232 páginas, 29 grabados. Ejemplar, 1,50 pesetas.

dió el tranco en dos subrayó sus palabras—. La culpa es mía—continuó pensando—por haber dado un paso en falso. Debí contar con D. Zenón, y no me hubiera cogido los dedos. Pero esto podrá remediarse.

Tan embebido estaba en sus pensamientos, que no advirtió la presencia del viejo Cholo hasta que se le puso delante.

—Pin... ¿Sacas el friu de par de mañana?

—Se hace lo que se puede—contestó el pedáneo sin mirarle.

—Paez que estás escociu... Otru se ríe de ti.

—¿Por qué? ¿Por lo del babiano?

—Así lo diz la xente. Acabósete el manoneo, monín. Hay quien aprieta más e tú.

—Pronto empiezan. Ya verán quién es Pin.

—¡Je! ¡Alábate, borofña, que no hay quien te coma!

—Pues esta borofña a alguno le ha de afogar—repuso Pin.

Y diciendo esto, le volvió la espalda. De un grito encargó a su mujer, desde la puerta de la casa, que recogiera la leña; dejó el hacha en la cocina y penetró en su dormitorio para vestirse la ropa del día de fiesta.

Dos horas después estaba en Rudalbarco con D. Zenón. Este, cuando lo tuvo delante, empujóle el saludo siguiente:

—¿Qué se te ha perdido por aquí, pedazo de bárbaro?

Pin, que en Castrido era un lobo feroz que a todo el mundo enseñaba los dientes, recibía los fustazos del de Rudalbarco con humildad canina.

—Si la nice, bien la pagué, D. Zenón. Aya un aviso!

—Eso y una tanda de azotes merecías por alcornoque. ¡Y yo que creía que en esa cabeza había algo más que un bardal de pelos!

—Y hay, D. Zenón; ya lo sabe usted. Pero a mí se me picó el amor propio. Yo no podía soportar que ese gallo quintanero de maestro me viniera con imposiciones.

—Y yo pago los vidrios rotos, recibiendo el oficio del gobernador.

—¡Ban! Mucho que le importa a usted el gobernador...

—Ahora sí, que probablemente habrá

decreto de disolución de Cortes, y entonces la lucha en este distrito es segura.

—Y entretanto el maestro con la suya, y quien yo sé, y a usted no le conviene, frotándose las manos...

—¿Quién es ese?

—El sacristán.

—¿Y a mí qué?

—Ahí es nada... Que empiece a embaucar a los vecinos diciéndoles que D. Zenón y Pin han recibido un varapalo de la capital, que se vuelve la tortilla y que dentro de poco verán quién tiene la vara. Así se los llevará de calle, y el día de la elección verá usted los votos que le trae Pin.

Don Zenón, a medida que el pedáneo le soltaba el párrafo con la intención de un felino, iba mirándole con atención creciente, y cuando terminó le dijo en tono más afable...

—De modo que tú crees que Fero...

—Tiene un buen filón para explotarlo, si no se pone remedio.

—¿Y qué quieres que yo haga? ¡Vamos a ver!—exclamó D. Zenón.

—Sacarme a ese maestro cuanto antes de Castrido. Que vea el pueblo que por encima del maestro y de Fero está Pin, y todo irá bien.

Volvió a poner el Sr. Martínez del Condado la cara de domador de fieras, y con la voz áspera del principio dijo a Pin:

—De eso vas a encargarte tú, caso de que haya elecciones; ¿lo oyes? Y vas a hacerlo de acuerdo con el vecindario. El procedimiento para sacudirse de encima a los maestros que estorban lo sabes tan bien como yo: exponéis en un papel las razones por las que creéis que el maestro no puede vivir en paz con el pueblo. No os faltará algún motivo real con que justificar vuestra pretensión. Abultándolo un poco, callando lo que no conviene decir e inventando algo más, estáis al cabo de la calle y el maestro con un pie en el estribo. Pero... de esto nada hasta las elecciones. Ese rapaz aun me puede ser útil.

Cuando D. Zenón acabó el párrafo, que Pin se sorbió con los ojos, salió éste del Ayuntamiento y emprendió el viaje de vuelta con la agilidad de un gato montés.

Entretanto, un gran júbilo reinaba en el auditorio infantil de la escuela de

Castrido. El maestro había prometido a los niños sacarles por la tarde de paseo escolar. Así quería celebrar con ellos la reanudación de las clases.

Los niños recibieron a su maestro con inmenso júbilo; con tanto, que en esta primera mañana fué imposible organizar lección. Aquellas criaturas, prohibidas en los últimos días escolares con la presencia del intruso, que no conocía otra pedagogía que la de mortificar horrorosamente la memoria e infligir dolorosos castigos, abrían ahora las alas de su espontaneidad y se mostraban tal como eran: sencillos, alegres y... traviosos.

No importaba; para José Miguel todo era aprovechable. Por lo menos, de todo sabía sacar partido. No desperdiciaba ninguna de las energías infantiles; lo que hacía era enderezarlas por los canales del bien con todos los recursos de sus conocimientos y de su amor. Nunca fué para José Miguel problema dificultoso el del buen gobierno de los niños. Reducía lo más importante de este asunto a meros detalles de previsión, y obtuvo el convencimiento de que, la mayor parte de las veces, el culpable de las travesuras de los discípulos es el mismo maestro. A ojos inexpertos, el espectáculo de su escuela acaso pudiera parecer que no estaba muy de acuerdo con la disciplina tradicional, y, no obstante, el que supiera ver encontraría en el aparente exceso de libertad la fuente de donde el maestro extraía los más copiosos frutos.

José Miguel sentía aquella mañana uno de los mayores optimismos de su vida. Su dignidad salvada a la vista de todo el pueblo, el recibimiento tan cariñoso de los niños, la cita de Rosario, y hasta el día de un sol crudo de invierno, pero sol al fin, todo contribuía a que por el sistema nervioso del maestro pasase una tónica corriente de bienestar, como jamás la había sentido.

Con estas impresiones comió, y bien temprano se dirigió a la escuela. Todos los niños y niñas, sin faltar uno, estaban en la plazuela. Corrieron al alcance de José Miguel y le rodearon.

—Don José, ¿iremos pronto?

—Sí, sí. Ahora mismo. Venid rodeándome, y que nadie se separe del grupo.

Niños y maestro comenzaron a andar. En los rostros infantiles se retrataba la ingenua alegría de que va a pasar una

buena tarde, sin preocupaciones ni zozobras.

En la frente de José Miguel se marcaba alguna pequeña arruga que no existía el día anterior. En aquel espíritu la alegría nunca estaba de asiento; pasaba como en ráfagas sobre un suave fondo de melancolía. Miraba a los niños, tan sinceros en su cariño, y la imaginación los transportaba a veinte años después, cuando aquellos pequeñuelos formaran el vecindario de Castrido, acaso más limpio de bajezas y miserias que el actual. Dejaba esta idea y venía a ocupar del todo su pensamiento el recuerdo de Rosario, la amada que le esperaba aquella noche, última noche de un amor tal vez efímero que sólo dejaría en la memoria la estela de una piadosa resignación.

Los niños, al ver a José Miguel pensativo, le rodearon más estrechamente, mareándole con sus preguntas. Habían andado unos doscientos metros. Volvió el maestro a la realidad y dispuso que hiciesen alto.

Entonces, ante las inquisitivas miradas de los niños, el maestro comenzó:

—Antes de que principiéis a jugar, he de daros una noticia que va a gustaros. Todos vosotros me habéis oído ponderar el amor a los pájaros, a los nidos, a los árboles. Recordad el día del pájaro de Corso.

Todas las miradas se dirigieron al muchacho; éste, que se había sentado en el prado, como los demás, se puso encarnado y bajó los ojos.

El maestro continuó:

—Yo deseo que queráis a los árboles como queréis vuestros juguetes; no para que los rompáis, sino para que los conservéis, y así, es mi gusto que cada uno de vosotros tenga un arbolito. Yo os lo daré para que lo plantéis y lo cuidéis, porque será vuestro, y aquí vendremos a visitarlos con mucha frecuencia. Para eso los plantaremos cerca de la escuela.

Los niños se miraban entusiasmados mientras continuaba el maestro:

—Un día de primavera, cuando haga menos frío y las tardes sean más largas, vendremos de paseo escolar. Cada uno de vosotros plantará su arbolito y lo cuidará con cariño. Poco a poco crecerá; echará sus ramillas, se hará mayor... Y cuando pasen los años y vosotros seáis hombres, los árboles formarán un pe-

queño bosque donde cantarán los pájaros y habrá sombra en verano. Y entonces vosotros podréis recordar que aquellos hermosos árboles son los arbolitos que plantasteis cuando erais niños. ¿Os gusta lo que acabo de deciros?

Los niños asintieron gritando, entusiasmados.

—Elijamos, pues, la parcela en este campo, que es común, de todo el pueblo, para que el provecho de vuestro trabajo lo reciba todo el pueblo.

Hicieron con una cuerda las mediciones debidas; dejaron unas estaquitas como señal de los términos, y comenzaron los escolares a jugar: las niñas, formando corro; los niños, organizando un concurso de carreras y saltos que el maestro les había enseñado.

Y cuando el sol se transponía en la montaña, volvieron al pueblo, ávidos todos ellos de llegar a sus casas para contar a sus padres la fiesta que les había anunciado el maestro para la primavera.

*
* *

Apenas cenó con sosiego nuestro héroe ante la perspectiva de su próxima entrevista con Rosario. No le quitaba ojo el sacristán, y en vano pretendió suscitar conversación acerca de la escuela, de la excursión y del babiano.

Según Fero, el maestro intruso estaba aún en el pueblo y paraba en casa de Angel del Alloro. Tenía el proyecto, a lo que se decía, de trasladarse a un pueblo que careciese de escuela, donde la daría por su cuenta.

—Pudo trasladarse ayer mismo; ha podido hacerlo hoy. No sé qué espera en Castrido—dijo el maestro.

—Eso le ha aconsejado Angel: que aprovechase el magnífico día que hemos tenido y se ausentase; porque como dé en entrar el tiempo en lluvias, nieves y ventiscas, no sale del pueblo en todo el invierno. Y no le ha hecho maldito el caso; porque al anochecer le he visto precisamente en el castañedo de Mundo.

—Esperará convencer a Pin.

—Sabe Pin que le costaría la alcaldía, cargo que tiene en gran aprecio.

Cuando José Miguel se levantó de la mesa eran las nueve de la noche. Abrió la ventana de su cuarto y echó un vistazo a la calleja. El pueblo estaba silencioso. No se oía una voz ni una pi-

sada, ni se filtraba luz por los resquicios de las ventanas. Desde dos horas antes descansaba en sus lechos la mayor parte del vecindario.

El joven se acercó a Fero y le dijo al oído:

—Amigo, tengo que salir, y en estas circunstancias me creo relevado de darle más explicaciones, ¿verdad?

—No me diga usted nada, hombre—respondió el sacristán campechanamente—. Todos los que hemos pasado por el puente conocemos el rumor del agua. Usted sabe que las casas de las aldeas quedan abiertas, aunque con las puertas entornadas. Cuando vuelva usted, empuje, y arriba.

—Es que no quisiera que se enterara ni aun su mujer. Ya sabe usted que estas andanzas, por inocentes que sean..., y yo le aseguro a usted que...

—No me diga nada, repito. Conozco poco a la muchacha, pero le conozco a usted, y me basta. Por lo que a Ruperta se refiere, aunque ella no es de las aficionadas al chismorreó, le doy a usted toda la razón. Hay mujeres que cuando callan son más expresivas que cuando hablan, lo cual indica que no se puede fiar uno de ellas en ningún momento.

Con estas seguridades, se enfundó José Miguel en el abrigo y salió.

La tarde había provocado excesiva evaporación, y ahora una bruma densa y fría brotaba de la tierra húmeda, como los humos de un horno agrietado.

Llegó a la verja de la quinta, y unos momentos después apareció Rosario al otro lado.

—Por Dios te ruego—le dijo a José Miguel—que no levantes la voz. Papá ha sospechado que pueda existir algo entre tú y yo, y me ha reñido.

Quedó anonadado.

—¿Que te ha reñido!

En su puerilidad no podía imaginar que a un indiano, sin otra ambición que la del oro, le contrariara el camino que por su única hija pudiera sentir una persona sin más riqueza que su honradez. Para él no había otra realidad que la de un amor inmaculado entre dos almas que vibraban al unísono. De aquí que el primer choque con la realidad le hiciera el efecto de un golpe en la nuca.

—¿Y tú?—le preguntó.

—He callado.

—No obstante, blasonaste un día de independencia...

—Sí; pero ahora sería prematuro. ¿Para qué iniciar luchas ociosas?

—Mas lo cierto es que tú te vas por el mundo...

—Como tú te irás de aquí.

El joven la oía con angustia.

—¿Qué quieres decir?

—Que el mundo no debe ser tan grande como creen los hombres, porque, en un punto o en otro, todos acaban por encontrarse.

—¿Y si tú y yo no nos encontramos?

—Entonces..., no lo dudes, es que no debemos encontrarnos.

No era de frialdad el matiz que subrayaba las palabras de Rosario: era como de recóndita resignación. El joven, agarrado a los barrotes helados de la verja, abría desmesuradamente los ojos, como queriendo recoger los átomos dispersos de luz ocultos en las sombras. Entreveía el rostro dolorido de la amada, y adivinaba una escena absurda y asqueante entre el vil interés y lo más delicado del espíritu.

—¿Y ahora?—insistió.

—Ahora—dijo Rosario—, todo depende de tí. Creo que sospechas la suma de sacrificio y de valor que supone el que yo esté ahora contigo. Mañana, domingo, a las nueve de la mañana, marcharemos a Rudalbarco. Ven con nosotros. Acompáñanos. El camino es largo, y aunque llevamos caballerías, habrá ocasión de todo: de andar a pie y de detenerse. Afronta la situación ante mi padre; no para una solución próxima, que en esta ocasión sería insensata; sino para dar a nuestra estimación..., ¿qué sé yo?... la fuerza del hecho mismo. No sé si me entiendes... En resumen: deseo que sepa que te quiero, y que lo sepa cuando estés tan cerca de mí que no pueda yo resistir la reserva.

—¿Rosario!...—articuló él como ahogándose.

—¿Qué! ¿Titubeas?

—No. Es que temo una violencia..., y no mía precisamente.

Rosario se apartó de la verja, acaso inconscientemente.

—Pero ¿serías capaz de no venir mañana a despedirnos?

—No, por Dios.

Fué dicho con voz insegura. En vano trató a continuación de impresionar a la

joven con palabras arrebatadas y sentidas. El mismo se daba cuenta de que, contra su voluntad, eran sus promesas vagas, imprecisas. Sus frases llevaban más impulso que calor.

Rosario callaba, callaba. Y, sin embargo, presentía el dolor sincero, íntimo de aquel muchacho leal que veía desquiciarse otra ilusión en medio de su alma.

Reinó un silencio prolongado. Rodaban por la imaginación de José Miguel, revueltas y confusas, todas las escenas de su vida junto a Rosario. Tuvo por un instante conciencia de su pequeñez, de su insignificancia a los ojos del mundo, de ese mundo de ricos improvisados, de millonarios ignorantes, y cayeron sobre sus oídos como losas de plomo las primeras palabras de la joven: «¿Es verdad que ustedes los maestros se mueren de hambre?»

Y como si volviera de un sueño, dijo cerrando con fuerza los párpados:

—Ea... Para todo, hasta para lo involuntario, hay castigos, y yo acepto el que me corresponde. Estoy persuadido, Rosario. Todo cuanto ha pasado entre nosotros será para ti un breve episodio, acaso pintoresco, de tu vida. En cambio, en la mía ha dejado una huella que no se borraré jamás.

—Quiero ser leal contigo—repuso Rosario acercándosele.—Dejemos que el tiempo diga la última palabra. Los dos somos jóvenes. Sabes perfectamente que si este cariño que nos tenemos no es ilusión que ciega momentáneamente, la distancia lo afinará.

Quiso el joven sonreírse, y no pudo.

—¿La distancia!... Te dije un día, y repito hoy: «Desdichados de los que se quedan». Oye: ¿por qué he sentido a tu lado grande mi vida? ¿Será que a tu lado todo se engrandece?

—¿Pobre José Miguel! ¿Cómo deliras! Nunca verás nada de fuera.

Esta última frase le hizo temblar, y acaso, necesitando él mismo fortalecerse contra ella, repuso:

—Pero si no sabemos nada de nada, ¿no es mejor ver todo en nosotros? Ahora mismo, apenas te veo, y sin embargo, siento tus ojos abiertos sobre mí; tus ojos, que me dan la impresión de que no se han cerrado nunca. La primera vez que los ví, me asustaron; luego la proximidad me los hizo hermanos.

Inspección de Primera enseñanza

XVIII

LA DEL ALBA SERIA...

Nosotros profesamos una gran veneración a los Maestros que han escalado la categoría de jubilados. Vemos en ellos a los que sirvieron la lección de su eterno sufrir, y a los que, después del sacrificio, les queda como único consuelo el recuerdo del bien que sembraron. En todo Maestro jubilado se halla la historia de un dolor. La humana ingratitud esculpió una burla para cuantos educadores pasaron con un destello de santidad que la época no supo entender.

En todo Maestro jubilado se manifiesta el vacío que le produjo *la escapada* de la infancia: se fué con sus gracias a recrear a otro; se fué... Y el anciano guarda el eco; y el anciano, allá en el arca de sus afectos, conserva la siempre viva de una estimación. Luchas de uno y otro día, de años y de años, acumularon todos los motivos de la ternura, y el hombre bueno que toca los lieros del otro mundo lleva a costas el frío de una ausencia: se apartaron de él los niños, se los llevaron para dejarlo en el desconsuelo de sus años viejos, y para que, a solas, llore la privación de las risas cuando más se necesitan las risas. Salvó el sol el horizonte, y después del sol las tinieblas. Las tinieblas son una pena. Y la pena es mayor para los que mejor gozaron las alegrías de la niñez, que es siempre un anuncio y es una luz...

Hemos notado que no ha venido a visitarnos. Nos ha extrañado, porque él, muy amable, acude siempre a vernos tan pronto como llegamos a su pueblo. ¿Qué le pasará? Ya la otra vez estaba bastante entregado a los achaques de su avanzada edad, y no será extraño que, falto de fuerzas, no pueda abandonar la casa.

El abrazo suyo nos hacía un bien, porque siempre lo acompañaba de alguna broma, y porque con el aire de su saludo nos daba su alma repleta de una inocente admiración que le agradecíamos.

Preguntamos por él, y nos aseguran que se encuentra animoso, y nos dicen que tiene ahora la manía de acudir a la puerta de la Escuela a la hora de la sa-

lida de los niños. Llaman manía a lo que yo digo necesidad. Los árboles decrepitos son los que más solicitan las bendiciones de la lluvia. Añosos y todo, los veréis, en un esfuerzo, retoñar para rendir salud. Es el oficio de los buenos. Si el Maestro de ayer, si el ya retirado sigue buscando la Escuela, busca lo que mantendrá en lodavía su espíritu, porque gorjeos y alborozos de la infancia serán rocío para él.

Nos adelantaremos, puesto que D. Samuel todo lo merece. Voy a verle. Yo gusto de poner un aliento donde todo aliento se quiebra al compás de una edad gastada, y gusto de recoger las explosiones de un corazón que vivió cuatro décadas para las delicadezas de la Escuela. Voy a verle, y sé que, frente a él, siento yo una especie de rubor. ¿Por qué?

Hay en los que se acreditaron de virtuosos una majestad; y en los que cumplieron su deber un nimbo de extraña glorificación; y en los que se rindieron enteramente al bien, aun cargados de espinas, una superioridad que nos pasma. D. Samuel llegó a la cúspide. Y por llegar a la cúspide ve esparcidas a su alrededor las flores del querer de todos... Llego a la cúspide siendo un testimonio del saber y de la paciencia. «Así—nos cuentan—acudían a su regazo los chicos, y así los ponía en la corriente de un trabajo que ha servido aquí de redención».

Y nos recibe en su casita limpia; en un nido sencillito, albergue de la paz y de la pobreza.

De la paz, porque los dos seres—D. Samuel y su esposa—son uno por el broche de lo más divino: de la pobreza...: porque apenas el pan tiene aquí entrada. El gesto del Estado lo dispuso: un gesto sombrío y sin piedad.

—Yo lo hacía a usted enfermo.

—No, Sr. Inspector; pero hay algo que en estos momentos es peor. ¿No ve usted?

Y nos enseña los pies para decirnos que no tiene botas, mientras asoma unas lágrimas.

La imagen nos sigue.

Todo el tributo de una vida; todo un sublime trazo del amor halla aquí, en

recompensa, lo que para la justicia no será una satisfacción.

Pasa un rato.

Parloteamos con las autoridades, y allá, *con su manía*, aparece D. Samuel. Va de uno a otro extremo de la plaza con paso ligero y mirando a sus adentros.

—«¡Es un loco!»—nos dicen.

—«¡Es un mártir!»—replicamos.

Y una lágrima nuestra ha ido a buscar a las otras, para juntarse en un mismo lamento...

J. SALVADOR ARTIGA

Crónica General

De Marruecos

«Según comunica el alto comisario desde Tetuán, a las veinte y treinta, no ocurre novedad en los territorios de nuestra zona del Protectorado.

Nuestras escuadrillas de aviación han bombardeado con gran acierto las concentraciones enemigas en las proximidades del Peñón, cuya plaza sigue hostilizando el enemigo.»

De política

El ministro de la Gobernación dijo que por ahora no habrá Consejo de ministros. Como este es un Gobierno homogéneo, no se impone con frecuencia aquella necesidad de contrastar los pareceres de los consejeros: cada uno de éstos consulta con el presidente.

—Se dice que a fin de este mes habrá crisis, y que se formará un Gobierno presidido por Romanones, y será ministro de Instrucción pública el Sr. Unamuno.

El problema social

Como se había anunciado, hoy no entraron al trabajo los obreros de la mayoría de las minas de la zona de Bilbao, no trabajándose en ninguna de las explotaciones.

El domingo por la tarde se celebró en Gallarta un mitin tumultuoso, en el que hablaron Pérez Solís, Castaños y el secretario de la organización comunista, Ballejos Sancho.

Intervino enérgicamente la Guardia civil, desalojando el local.

No había aún terminado el desalojamiento, cuando en la carretera se oyeron varias detonaciones.

Acudió la Guardia civil, que hizo huir a los grupos, y encontró tendidos en la carretera dos muertos y varios heridos.

La Conferencia de Génova

Como estaba anunciado, en el palacio de San Jorge, en Génova, se reunieron los representantes de casi todas las naciones del mundo.

A las tres en punto empieza la sesión.

El Sr. Facta preside, rodeado de los delegados italianos; a su derecha, los delegados franceses y belgas, y a su izquierda, los británicos y japoneses. Las demás Delegaciones ocupan una mesa perpendicular a la mesa principal.

En medio de un gran silencio hace uso de la palabra el Sr. Facta.

Saluda a las delegaciones, y dice que Italia aguarda con ansiedad el resultado de la Conferencia.

Analiza las causas de la situación inquietante en que se encuentra Europa, afirmando que su perturbación moral y su desorganización económica son resultados lógicos de la guerra.

A continuación hace uso de la palabra el Sr. Barthou.

Dice que a esta conferencia, de la que puede salir una nueva orientación para el mundo, trae la voz reflexiva y el concurso leal de Francia.

Los delegados franceses no son observadores, sino colaboradores, dispuestos a tomar parte en la obra y en las responsabilidades comunes.

La paz y el trabajo—terminó—constituyen el emblema y el programa de Francia.

Lloyd George expone la necesidad de que todos los pueblos representados en la Conferencia se consideren como iguales.

Terminó diciendo: «Si fracasamos, se apoderará del universo un sentimiento de profunda desesperanza; pero, en cambio, si conseguimos el triunfo, el mundo aparecerá iluminado por rayos de luz y de esperanza».

Chicherin, representante de la delegación soviética, se levanta en medio de gran expectación. Habla en francés: «Hago mías—dice—las declaraciones de Facta y Lloyd George sobre la igualdad entre los pueblos que asisten a la Conferencia, y me satisface haber oído que aquí no hay vencidos ni vencedores. No hemos venido a Génova para hacer propaganda comunista, sino para entablar negociaciones comerciales en un pie de igualdad. Rusia no abandona sus principios comunistas, pero cree que pueden existir paralelamente otros principios.

El Gobierno ruso está dispuesto a abrir nuevamente las fronteras de Rusia, a otorgar concesiones agrícolas y mineras y a contribuir en cuanto pueda al afianzamiento de la paz; pero siempre que tenga seguridades de no ser víctima de ello, y se le den garantías contra toda violación de sus fronteras y por su libertad interior.»